PQ6555
.A15
N3

EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE TELLO
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
C. de San Francisco, 4.

BMU Raúl Rangel Frías
UANL
FONDO
RODRIGO DE LLANO

FONDO
RODRIGO DE LLANO

NAPOLEÓN EN CHAMARTIN

I

El Sr. D. Diego Hipólito Félix de Cantalicio Afán de Ribera, Alfoz, etc., etc., Conde de Rumblar y de Peña Horadada, hacía en Madrid la siguiente vida:

Levantábase tarde, y después de dar cuerda á sus relojes, se ponía á disposición del peluquero, quien en poco más de hora y media le arreglaba la cabeza por fuera, que por dentro solo Dios pudiera hacerlo. Luego daba al reloj de su cuerpo *la cuerda del necesario alimento*, como decía Comella, la cual cuerda pasaba aún más allá de la media docena de bollos de Jesús, reblandecidos en dos onzas de chocolate. Incontinenti seguía la operación de vestirse y calzarse, no consumada á dos tirones, sino con toda aquella pausa, aplomo, espaciosidad y mesura que la índole de los tiempos exigía. Una vez en la calle, dirigía sus pasos á cierta casa de la Cuesta de la Vega, donde es fama que habitaba la discreta mayorazga, con cuyo linaje la casa de Rumblar con-

certara genealógico y utilitario ayuntamiento. Esta visita no era de larga duración, y al poco rato salía D. Diego para encaminarse ligero como un corzo á la calle de la Magdalena, donde vivía un señor de Mañara, de quien era devotísimo y fiel amigo. Los más de los días comían juntos, y luego leían la *Gaceta*, el *Semanario patriótico*, el *Memorial literario* y cuantos papeles impresos venían de Valencia, Sevilla ó Bayona, tarea que les entretenía hasta el anochecer; y por fin, á la hora en punto en que las calles de Madrid se tapujaban con aquel manto de simpática obscuridad que el positivismo alumbrador de estos tiempos ha rasgado en mil pedazos, nuestros dos galanes salían juntos, en luengas capas embozados, y á veces con traje muy distinto del que usaban durante el día. Aquí tenía principio, según opinión de los sesudos autores que se han ocupado de D. Diego de Rumblar, la verdadera existencia de aquel insigne rapazuelo, y también es cierto que todos los cronistas, si bien desacordes en algunos pormenores de estas escandalosas aventuras, están conformes en afirmar que siempre le acompañaba el supradicho Mañara, y que casi nunca dejaban de visitar á una altísima dama, la cual lo era sin duda por vivir en un tercer piso de la calle de la Pasión, y tenía por nombre la *Zaina* ó la *Zunga*, pues en este punto existe una lamentable discordancia entre autores, cronistas, historiógrafos y demás graves personas que de las hazañas de tan famosa hembra han tratado.

Ante el inconveniente de aplicar á Ignacia

Rejoncillos los dos apodos con que la apellidaban sus amigos, yo me decido á llamarla siempre la *Zaina*, y en verdad que ignoro por qué la aplicaron tal nombre, pues aunque á los caballos castaños se les llama *zainos*, no sé si esto cuadra á los cabellos del mismo color: ello es, sin embargo, que la palabreja significa también *traidor*, *falso* y *poco seguro en el trato*, y falta saber si la hija del tío Rejoncillos, alias *Mano de mortero*, merecía aquellos dictados, y, por lo tanto, el ser tenida por la flor y espejo de la *zainería*.

Pero no quiero desviarme de mi principal objeto, que ahora es decir á cuáles sitios iba D. Diego y á cuáles no; y firme en tal propósito, afirmo y juro en realidad de verdad, y sin que ninguna persona honrada pueda desmentirme, que D. Diego y el Sr. de Mañara iban de noche á una reunión de masonería incipiente del género tonto, que se celebraba en la calle de las Tres Cruces, y á otra del género cómico fúnebre, que tenía su sala, si no me falta la memoria, en la calle de Atocha, número 11 antiguo, frente á San Sebastián. En estas reuniones, amén de las muchas pantomimas comunes á esta orden famosa, leíanse versos y se pronunciaban discursos, piezas literarias de las cuales espero dar alguna muestra á mis pacienzudos leyentes.

Sobre todo, en la calle de Atocha, donde estaba la logia *Rosa-Cruz*, el rito era tal, que algunas veces púseme á punto de reventar, conteniendo las convulsiones de mi risa, pues aquello, señores, si no era una jaula de gra-

ciosos locos, se le parecía como una berengena á otra. En una obscurísima habitación, que alumbraban macilentas luces, toda colgada de negro, reuníanse los tales masones, y porque allí fuera todo misterioso, tenían á la cabecera un Santo Cristo acompañado del compás, escuadra y llana, y á la derecha mano, como si dijéramos, al lado del Evangelio, un esqueleto muy bien puesto en un sillón, con la cabeza apoyada en la mano, en ademán meditabundo, y por lo bajo un letrerito que decía: *Aprende á morir bien.*

Debo indicar que en aquel año la masonería española era pura y simplemente una inocencia de nuestros abuelos, imitación sosa y sin gracia de lo que aquellos benditos habían oído tocante al *Grande Oriente Inglés* y al *Rito Escocés.* Yo tengo para mí que antes de 1809, época en que los franceses establecieron formalmente la masonería, en España ser masón y no ser nada eran una misma cosa. Y no me digan que Carlos III, el Conde de Aranda, el de Campomanes y otros célebres personajes eran masones, pues como nunca les he tenido por tontos, presumo que esta afirmación es hija del celo excesivo de aquellos buscadores de prosélitos, que no hallándolos en torno á sí, llevan su banderín de recluta por los campos de la historia, para echar mano del mismo padre Adán, si le cogen descuidado.

Después de 1809 ya es otra cosa. De aquellas dos logias infantiles, que yo conocí en la calle de las Tres Cruces y en la de Atocha, y donde se regocijaban con candorosas ceremonias unos cuantos desocupados, salieron la famosa logia de la *Estrella*, la de *Santa Justa patrona de Córcega*, la sociedad de caballeros y damas *Philocoreitas*, la de los *Filadelfios* de Salamanca, la Gran Logia nacional que estuvo en el edificio ocupado antes por la Inquisición, la logia de Santiago el Mayor en Sevilla, y las de Jaén, Orense, Cádiz y otras ciudades. Entrometiéndome en la Gran Logia nacional, oí hablar de cosas más serias y graves que los discursitos *filosóficos en verso* que le echaban al esqueleto de la *Rosa-Cruz;* oí hablar mucho de política, de igualdad; entonces fué cuando anduvo de boca en boca y llegó á ser muy de moda la palabra *democratismo*, que luego desapareció para presentarse de nuevo al cabo de medio siglo, aunque variada en su forma y tal vez en su significación. De la larva de aquellas logias, no es aventurado afirmar que salió al poco tiempo la crisálida de los clubs, los cuales á su vez, andando el voluble siglo, dieron de sí la mariposa de los comités.

Pero otra vez, sin quererlo, me aparto de mi objeto, y no ha de ser así, sino que vuelvo atrás para deciros que el señor Conde de Rumblar, luego que esparcía su ánimo en aquello del esqueleto, y hablaba por los codos durante una hora, iba en busca de entretenimientos más agradables; y aquí es donde viene como anillo al dedo la ocasión de nombrar á la Zaina, porque á eso de las once era cuando penetraba en sus *salones* el joven de que me ocupo, no acompañado sólo por el citado Mañara, sino también por D. Luis de Santorcaz, que

siempre se le unía en la *Rosa-Cruz* para seguir juntos hasta la madrugada.

Convendrá tener presente que no era la Zaina la única gran dama de aquellos aristocráticos barrios que abría de par en par las puertas de su casa y de su alma á nuestros tres amigos, y á fe mía que si hubiera yo de enumerar todas las ilustres casas de los cuarteles de San Lorenzo y San Millán, que por aquellos días obsequiaban á un pequeño número de *habitués* (¿por qué no decirlo en francés?), llenaría de seguro todo este libro y medio más. Pero sin renunciar á ser cronistas de los saraos de aquella matritense *high life* (¿por qué no decirlo en inglés?), seré muy breve por ahora, señores míos: esténme atentos, y no me interrumpan con exclamaciones de admiración, que me harían perder, mal de mi grado, el hilo del relato.

Los salones de la *Zancuda*, en la calle de Ministriles, se abrían muy temprano, y allí había cierta grave etiqueta, con poco de fandango y menos de seguidillas, razón por la cual escaseaba la concurrencia. Era la *Zancuda* mujer de grandes atractivos, á pesar de su feísimo nombre; pero no gustaba de alborotos, porque su marido, ó lo que fuera, el señor Regodeo, era al modo de diplomático, hombre estirado, serio, ceñudo, y que en esto de burlar con sutilísima perspicacia las socaliñas de las aduanas, almojarifazgos ó arbitrios de puertas, no se cambiaría por los más famosos de Sevilla y Ronda en el tal oficio. Don Diego y sus dos amigos frecuentaban poco

esta casa, donde comunmente se estaba como en misa.

En los salones de la *Pelumbres* (calle de la Torrecilla del Leal, tienda de hierro viejo) era todo animación, todo alegría, no sólo por ser la dueña de la casa una de las mujeres más malignamente graciosas, más divertidas y de mejor mano para tocar las castañuelas que han existido á principios del siglo, sino porque allí concurrían personajes célebres en varias artes y oficios, tales como el distinguido curtidor *Tres pesetas;* el *señor Medio diente*, uno de nuestros más esclarecidos trajineros procedentes de las Tenerías de Toledo, y *Majoma*, curtidor de carne, el cual, cuando contaba sus viajes por las distintas cortes del mundo, tales como Melilla, Ceuta y el Peñón, les dejaba á todos con la boca abierta. Y como no faltaban tampoco ni la Narcisa, ni Menegilda, ni Alifonsa, todas tres estrellas esplendorosas del firmamento manolesco, la una vendedora de castañas, la otra de callos y caracoles, y la postrera de sal; como no se escatimaba el vino, ni las boleras, ni se ponía fin á los dichos, ni á la sabrosísima libertad en lengua y manos, D. Diego tenía sumo gusto en frecuentar aquella casa. Verdad es (y la historia no debe permanecer silenciosa en este punto) que las tertulias solían concluir con un refresco de palos, que, á obscuras y cual lluvia del cielo, caían de improviso sobre la escogida reunión; pero aquéllos más bien regocijaban que afligían á D. Diego, el cual, ocupándose antes en darlos que en recibirlos, no se apuraba por unos cuantos cardenales más ó

BIBLIOTECA "RODRIGO DE LLANO"
SECCION DE ESTUDIOS HISTORICOS DE LA
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

menos, ni renunciaría á las fiestas de la *Pelumbres*, aunque llevara en sus espaldas todo el cónclave romano.

Pues ¿y qué diré de aquellas elegantísimas y suntuosas fiestas de *Rosa la Naranjera*, tan célebres en toda la redondez de Madrid, que hay historiadores muy concienzudos que aseguran haber visto á más de un Príncipe traspasar los umbrales de su bodegón, calle de las Maldonadas? Y si esta última atrevida afirmación no fuera cierta, eslo en lo tocante á duques, marqueses, condes y vizcondes, de lo cual certifico, por haberlos visto. No digo lo mismo de Príncipes y Reyes, pues de éstos no recuerdo más que los de copas, bastos, oros y espadas, los cuales no faltaban ni una noche, y con toda familiaridad y franqueza se dejaban llevar de mano en mano. Eso sí: digan lo que quieran la ruín envidia y la mala fe de los que allí se quedaron limpios como patenas, el banquero Juan Candil era una persona honrada, y de recomendables antecedentes en aquel oficio, y hartas veces decía la Naranjera que en su casa no se consentían trampas, razón por la cual creemos que aquél era juego de ley, y que cuanto se decía acerca de las diestras manos de Candil y de las marcas de sus mugrientos naipes era, ó cavilaciones de los parroquianos, ó efecto de esa viciada atmósfera que rodea á las grandes instituciones cuando se las plantea entre gente díscola y pendenciera. ¡Y cómo gozaba D. Diego en aquella casa! ¡Y cuánto le querían y mimaban, y cómo se hacían lenguas todos en alabanza

de su liberalidad, de su desprendimiento, de su nobleza, de aquel donaire con que entregaba sin muestras de aflicción la cantidad perdida! A este afecto correspondía Rumblar con una asistencia tan puntual, que si fuera al aula le habría hecho en poco tiempo un segundo Aristóteles.

Mas en aquella casa y en las que antes he mencionado, no se consagraba todo el tiempo á los reyes, sotas y demás real familia, pues siguiendo la general corriente de los tiempos, se hablaba mucho de política. A ellas iba con frecuencia, y durante sus días de vagar, el tío Mano de Mortero, que siempre llevaba noticias frescas. También concurría Pujitos, joven instruidísimo y de gran erudición, pues no dejaba de saber leer (aunque con pausa y cierto dejo ó sonsonete), razón por la cual aquel esclarecido concurso estaba al tanto de las *Gacetas* y papeles nacionales y extranjeros, porque es de advertir que si el tío Mano de Mortero conocía á fondo la geografía ibérica (merced á sus frecuentes viajes *científicos* para desesperación del Estado y quebrantamiento del fisco); si por esta circunstancia conocía la posición de los ejércitos beligerantes, Pujitos iba mucho más allá: elevábase en alas del genio, y su pensamiento cerníase en las vertiginosas altitudes del arte militar y diplomático, como el águila sobre las eminentes cumbres.

Estas conversaciones no duraban toda la noche, y entre juego y juego solía haber bolero y manchegas, así como también algo de aquello que los eruditos llaman palos, y el

vulgo también; pero sabido es que los palos son para ciertas gentes gustosísimo postre, después de los manjares fuertes del amor y del vino. ¡Ay! puedo asegurar que D. Diego era muy feliz con aquella vida.

Pero el dorado alcázar, el Medina-al-Fajara, el Bagdad, la Sibaris y la Capua de sus impresionables sentidos, estaban en casa de la Zaina, aquella beldad incomparable; aquélla que, al aparecer por las mañanas en la esquina de la calle de San Dámaso, dentro de su cajón de verduras, daría envidia á la misma diosa Pomona en su pedestal de frutas y hortalizas. ¿Y qué diremos de aquella gracia peculiar con que lavaba una lechuga, arrancándole las hojas de fuera con sus divinas manos, empedradas de anillos? ¿Qué del donaire con que hacía los manojitos de rábanos, que entre sus dedos racimos de corales parecían? ¿Qué de aquélla por nadie imitada habilidad para poner en orden los pimientos y tomates, cuya encendida grana se eclipsaba ante el rosicler de su cara? ¿Qué de aquel lindísimo gesto con que metía los cuartos en la faltriquera, olvidándose casi siempre de dar la vuelta? ¿Qué de aquella postura (digna de llamar la atención de Fidias) cuando descolgaba una sarta de ajos, que al enroscarse en sus brazos no se tomarían por otra cosa que por rosarios de descomunales perlas? ¿Qué de la destreza y soltura con que arrojaba las hojas de col sobre los usías que iban á requebrarla? ¿Qué de su ciencia en el vender, y su labia en el regateo, y su diplomacia en el engañar, que á esto y á

nada más propendían todas y cada una de las sales y monerías de su lengua y ademanes? Válgame Dios, que tuvo buen gusto D. Diego al prendarse de aquella princesa ó semidiosa, pues tal era su mérito y de tal modo y con tanta presteza la rodeaba de poéticos atributos la imaginación, que el puesto era un trono, y las lechugas ramos de olorosas yerbas, y los rábanos jacintos de Holanda, y los repollos abiertas magnolias, y los ajos cerradas azucenas, y las cebollas conjunto perfumado de todas las flores, así como también podía suponerse que el agujereado mandil de la Zaina era un rico sayal de finísima puntilla de Flandes, y el cuchillo de partir varita de oro para dar gusto y ocupación á las movibles manos, y los ochavos desparramadas joyas que los príncipes y reyes, de remotas tierras venidos, echaban á sus pies para rendir el fuerte castillo de su honestidad.

¿Y qué me diréis si os aseguro que D. Diego, á pesar de sus atractivos y de su dinero, no había podido rendir á la Zaina? ¡Oh, inflexible ley de los hados, que en aquella ocasión dispusieron que la Zaina fuese esclava en cuerpo y alma de otro galán, al cual de antiguo mis lectores conocen, y no es otro que el propio D. Juan de Mañara, por segunda vez presentado en el escenario de estas historias! Pues sí: el Sr. de Mañara, como la muerte, lo mismo ponía el pie en *pouperum tabernas* que en *regumque turres;* y aunque era persona de alta posición por aquellos días, y estaba á punto de ser nombrado regidor de Madrid, sus

preferencias en materia de costumbres y de amor íbanse del lado de lo que Horacio llamó *tabernas*, y en castellano podemos nombrar ahora con la misma palabra.

II

Por las noches, este caballero, lo mismo que D. Diego, después que salían de las logias, se vestían de majos, y... aquí viene ahora la coyuntura de describir la casa de la Zaina y su gente, con las fiestas y bailes, y el refresco aparatoso que les ponía fin; pero como aún me resta por manifestar un poquito de lo referente á D. Diego y á su vida, principal objeto que en este comienzo del libro me propuse, dejo aquello para después, y sigo diciendo que el hijo de Doña María, bien solo, bien acompañado de Santorcaz, iba de tertulia alguna vez á las librerías principales, que era donde más se hablaba de política.

No sé si recordaré todas las tiendas de libros que había entonces en Madrid; pero sí puedo asegurar que casi igualaba su número al de las que ahora existen, y las más concurridas eran las de Hurtado, Villarreal, Gómez Escribano, Bengoechea, Quiroga y Burguillos (antes Fuentenebro), en la calle de las Carretas; la de la viuda de Ramos, en la Carrera de San Jerónimo; la de Collado, en la calle de

la Montera; la de Justo Sánchez, en la de las Veneras; la de Castillo, frente á San Felipe el Real, y el puesto de Casanova en la Plazuela de Santo Domingo. En estas tiendas se reunían muchos jóvenes escritores ó que pretendían serlo; poetas hueros ó con seso, aunque éstos eran los menos; personas más aficionadas á la conversación que á los libros, gente desocupada, noticieros, y muchísimos patriotas. D. Diego era patriota.

Como yo me metía bonitamente en todas partes, también me daba una vuelta por las librerías, bien acompañando á D. Diego, bien solo, echándomelas de gran patriota, y en la de las Veneras me acuerdo que dije una noche muy estupendas cosas, que me valieron calurosos aplausos. ¡Ay! allí conocí al sombrerero Avrial y á Quintana, el mochuelo y el mirlo, el cisne y el ganso de aquellos tiempos literarios, tan turbados, tan confusos, tan varios y antitéticos en grandeza y pequeñez, como los políticos. Parece, en verdad, mentira que Moratín y Rabadán, que Comella y Meléndez hayan vivido en un mismo siglo. Pero España es así.

Tampoco dejaba D. Diego de concurrir al teatro alguna que otra vez, porque era muy de patriotas el ir á la representación de las famosas comedias de circunstancias *La alianza de España é Inglaterra, con tonadilla*, y *Los patriotas de Aragón y bombeo de Zaragoza*, que en aquellos días se representaban con frenético éxito. Y para que nada faltase en el círculo de relaciones de aquel joven ilustre,

también asomaba las narices por el cuarto de Pepilla González, actriz famosa, si bien un día puso punto final á sus visitas, porque le hicieron no sé qué ingeniosa burla.

En casa de la Zaina, en casa de la Pelumbres, en la de la Naranjera, en la logia de *Rosa-Cruz*, en la librería de la calle de las Veneras y en el teatro, solíamos encontrarnos D. Diego y yo, pues, como he dicho, yo tenía especial empeño en seguirle á todas partes, venciendo para entrar en algunas la repugnancia de mi conciencia. El joven se franqueaba espontáneamente conmigo, y yo, mientras más me decía, más procuraba sacarle para que ningún escondrijo ni pliegue de su vida me fuese secreto. Sólo cuando iba en compañía de Santorcaz me guardaba muy bien de preguntarle ciertas cosas.

¡Pobre D. Diego, y á cuántas pruebas se vieron sujetas su impetuosa juventud é inexperiencia! ¡Y qué de simplezas hizo, y qué terribles caídas tuvieron los atrevidos saltos de su entusiasmo, y qué porrazos se dió con las peñas del fondo al arrojarse desaforadamente en el mar de la vida, creyéndolo sin arrecifes, ni sumideros, ni bajíos! ¡Y cuánto se encanalló, y de qué extraña manera el mayorazgo poderoso vióse en ocasiones pobre y miserable, con la circunstancia de que no podía menos de sostener el pie de su lujo y representación! Como era tan manirroto, gastaba en una semana la renta de un año, y aquí de los acreedores, usureros, prestamistas, judíos y demás chupadores de sangre, que se

bebían la de mi Condesito. Este llegó á verse muy afligido, pues nadie le fiaba ya el valor de una peseta; y recuerdo que cierta noche, cuando salíamos del teatro del Príncipe, Don Diego me hizo una pintura horrenda de la plenitud de sus apuros y vaciedad de sus bolsillos; dijo después que se iba á suicidar, y luego me llamó insigne varón, ilustre amigo y el más caballeroso y caritativo de los hombres, siendo de notar que todos estos rodeos, elipsis, metonimias é hipérboles, terminaron con pedirme dos reales. Dile cuatro que tenía, y se despidió, suplicándome que dijese algo en su favor á cierto prestamista llamado Cuervatón, vecino mío, pues tenía pensado darle un tiento al siguiente día, aunque las cantidades adeudadas subían al séptimo cielo. Yo le prometí interceder en su favor, y deseándole las buenas noches entré en mi casa.

III

La cual era aquella misma honrada mansión donde fuí recogido, curado y asistido en mi penosa enfermedad del mes de Mayo, y vea el lector cómo de manos á boca nos encontramos de nuevo en la dulce compañía del Gran Capitán y de su esposa, y en alegre familiaridad con el Sr. de Cuervatón, con Don Roque, con el lañador y respetable familia,

con la bordadora en fino y otras personas que, si no gozan en la historia de celebridad apropiada á sus méritos y eminentes calidades, tendránla en esta relación, mal que le pese á la ruín envidia, siempre empeñada en rebajar los altos caracteres.

Desde mi vuelta de Andalucía, yo moraba en casa de D. Santiago Fernández. Santorcaz no vivía ya allí, ni tampoco Juan de Dios, ni sus antiguos patronos sabían de su paradero, pues habiendo salido cierto día de Agosto muy de mañana, hasta la fecha de lo que voy contando, que era por Noviembre, no había vuelto, lo cual hacía decir á Doña Gregoria:

—No puede *por menos* sino que á ese bienaventurado Sr. de Arróiz le ha sucedido alguna desgracia, como no se haya ido al cielo en cuerpo y alma, que para eso estaba.

La casa (y aunque me parece que esto lo saben ustedes, no estará de más repetirlo) era de esas que pueden llamarse mapa universal del género humano, por ser un edificio compuesto de corredores, donde tenían su puerta numerada multitud de habitaciones pequeñas para familias pobres. A esto llamaban casas de Tócame Roque, no sé por qué. No lo indagaremos por ahora, y sepan que, en aquellos días, el que hubiera entrado en casa del Gran Capitán, habría visto á éste en el centro de un animado corrillo, donde estábamos hasta ocho personas, todos buenos españoles é inflamados de patriótico afán por saber cómo iban las cosas de la guerra; habría visto con cuánta diligencia y precipitación acudían

unos y otros en cuanto Fernández volvía de la oficina; habría visto cómo amorosamente preparaba Doña Gregoria el sahumado brasero, para que no se enfriara la concurrencia; cómo Fernández, golpeando la caja de rapé, tomaba un polvo, sonábase mirando á todos por encima del pañuelo, y luego se apresuraba á satisfacer la sed de su curiosidad en estos términos:

—La cosa va mejor de lo que se creía, y lo de Lerín no fué tan desgraciado como se nos quería pintar. Señores, hay que poner en cuarentena lo que dicen los papeles impresos, porque los diaristas no se cuidan más que de sorprender al público con noticiones; y como ninguno de ellos sabe palotada de lo que llamamos el arte de la guerra...

—Pues á mí me han dicho que lo de Lerín fué un desastre muy grande—afirmó D. Roque.—¡Bah! Si tenemos unos generales... De lo que está pasando tienen ellos la culpa, y bien sabía yo que vendríamos á parar á esto. Pues qué, si esos señores, en vez de estarse en Madrid todo el mes de Septiembre mordiéndose unos á otros; si en vez de estar aquí diciéndose «yo soy mejor que tú,» y disputándose el mando de los Cuerpos como perros que riñen por un hueso; si en vez de esto, digo, se hubieran marchado al Norte á perseguir al enemigo, ¿estarían los franceses tan envalentonados?

—Tiene razón que le sobra por los tejados el Sr. D. Roque—dijo la mujer del lañador.—Y yo, que no sé de guerra, le decía á mi ma-

rido todas las noches cuando nos acostábamos: «Mira, Norberto, los generales, en lugar de estar aquí y en Aranjuez, hablando mal unos de otros y revolviéndolo todo con sus envidias y reconcomios, debieran andar por toda esa tierra de Burgos y Rioja persiguiendo al francés. Que si Llamas manda tal tropa; que si ya no la manda Llamas, sino Pignatelli; que si Castaños se opone á que venga Cruz; que si Blake quiere ser más que Cuesta, y Cuesta más que todos; que si Palafox manda este Cuerpo; que si La Peña no quiere mandar el otro... en fin, cuando después de la batalla de Bailén creímos vernos libres de franceses, emperadores y reyes de copas, ahora salimos con que por estarse los generales mano sobre mano en Madrid, al olorcillo de la Corte, y de los obsequios, y de las fiestas, han dejado que los otros se arreglen bien y tengan dispuesto todo para darnos un susto.»

—Ha hablado usted como un padre de la Iglesia, señora Doña María Antonia—dijo con oficiosa exaltación Doña Melchora, la bordadora en fino.—A mis niñas les dije yo eso mismo el mes pasado. ¿No es verdad, Tulita; no es verdad, Rosarito? Sí, señores, esa es la pura verdad; y lo que yo voy viendo es que desde que empezó la guerra; desde que hubo aquélla de venir los franceses y caer Godoy, nadie ha sabido acertar más que nosotras, y cuando anunciábamos lo que iba á pasar, los hombres graves se reían diciendo: «¿Qué entienden las mujeres de guerras ni de historias?» Pues vean ahora si entendemos.

—Tiene razón Doña Melchora—dijo el señor de Cuervatón.—También se reían de mí cuando anuncié lo que iba á pasar. Pero, señores, cuando los de arriba pierden la chaveta, como ha pasado aquí, á los tontos y á las mujeres corresponde el imperio del buen sentido.

—No obstante—dijo el Gran Capitán impaciente por poner el peso de su autorizado dictamen en aquella contienda,—aún no se puede hablar mal de esos valientes generales. Yo no les he explicado á ustedes todavía el plan de campaña. Es preciso que ustedes se penetren bien de esto. Las tropas que mandan Blake, Llamas, Castaños y Palafox, colocadas y extendidas desde el Ebro hasta Burgos, forman un gran semicírculo. Vienen los franceses: el semicírculo se cierra, convirtiéndose en círculo, y aquí me tienen ustedes á mi emperador cogido en una ratonera.

—Pero, en resumidas cuentas, ¿viene ó no viene?—preguntó Doña Melchora.

—Yo creo que no—dijo el Gran Capitán, echándoselas de malicioso.—Y tengo para mí que todo eso que dicen los papeles acerca de lo que Napoleón leyó en el Senado, es pura invención. Como que hay quien dice que Napoleón está muy enfermo de un tumor que le ha salido en el sobaco izquierdo, y que ya le han sacramentado.

—¿Y usted es de los que dan crédito á los mil desatinos que cuentan los patriotas?—exclamó D. Roque levantándose de su asiento. —Aquí creen que se sale del paso contando

mentiras y matando de calenturas ó alfombrilla á todos nuestros enemigos.

—Y qué, ¿soy hombre para tragar todas las bolas que cuentan diariamente los papeles?—dijo el Gran Capitán, sin disimular el desprecio que le merecía la prensa.—Vamos á ver, ¿qué saca usted en limpio, Sr. D. Roque, de todas esas hojas que lee día y noche, y que le van á volver loco, como al bueno de Don Quijote los libros de caballería?

—Quédese cada uno en su sitio, y no se meta en los trigos ajenos—repuso D. Roque, procurando contener su irascibilidad,—que así como yo no me meto jamás en las honduras del arte de la guerra, que no entiendo, así debe usted respetar las ciencias, que no están á su alcance. ¡Qué sería de la sociedad sin papeles públicos! Aquí tengo yo el *Semanario patriótico*—añadió, sacando un voluminoso legajo de uno de los luengos bolsillos de su levitón,—que es el mejor papel que hasta ahora se ha escrito, y contiene cosas muy lindas, y en todo lo que dice no parece sino que habla por boca de Aristóteles y Platón. Desde que en el primer número ví aquello de *la opinión pública es mucho más fuerte que la autoridad malquista y los ejércitos armados*, les digo á ustedes francamente que el tal papelito me enamoró. Yo me quito el garbanzo de la boca para ahorrar los 20 reales que me cuesta cada trimestre; y ¿cómo no hacerlo, si este manjar del espíritu es tan necesario á la vida como el alimento del cuerpo? Así es que los miércoles por la noche no duermo, y

todo es dar vueltas en la cama, pensando en lo que traerá el *Semanario* al siguiente día. Los jueves son para mí días de delicia, y leyendo mi *Semanario* olvídaseme el comer y el beber, á más de todas mis penas y tristezas, que son muchas. ¡Y cómo trata las cuestiones! ¡Y con qué gracia le da á cada uno lo que es suyo! ¡Y qué sal tiene para decirle á la Francia todas sus picardías! ¿Pues y el paralelo que hace entre Bonaparte y Maximiliano Robespierre? No pierde ripio para decir á todos las verdades, y á los españoles les suele sacar los trapitos á la colada, como quien dice. En fin, señores, me entusiasma tanto, que el otro día, no pudiendo satisfacer mi deseo de conocer al autor de tan divino escrito, y averiguado que lo es un tal Manolito Quintana, me fuí derecho allá, y abrazándole le dije: «Venga acá el extremo de toda discreción, el resumen de la elocuencia y del buen decir, el dechado de la lengua castellana, el azote de los tiranos, el heraldo del patriotismo y el cisne de los derechos del hombre.» A lo cual me contestó que él cumplía con su deber, y que agradecía tales alabanzas.

—¿Toda esa arenga le echó usted al buen autor del *Semanario patriótico?*—preguntó el Gran Capitán.—Pues en verdad digo que si la Junta oyera mis consejos, al punto mandaría suprimir ese y todos los demás papeles. ¿Para qué se quieren papeles?

—Hombre irracional, ¿y cómo se difunden las luces, y se propaga la buena doctrina, y se instruye á toda la gente del reino, chicos y grandes? ¡Pues flojitas verdades trae el *Sema-*

nario patriótico!... Como todos dieran en leerlo con tanto fervor como yo, pronto se remediarían los males de la nación. Y no hay que darle vueltas, señores: lo que éste dice es el Evangelio. ¿Quién podrá desmentir aquello de *el tirano es un hombre que abusa de las fuerzas de la sociedad, para someterla á sus pasiones propias, y así la tiranía no es otra cosa que la injusticia apoyada en la violencia?* ¿Qué tal? ¿Pues y dónde me dejan ustedes aquello de los derechos *esenciales, sagrados é imprescriptibles* que corresponden al hombre, y que le usurpa el pícaro del poder absoluto?... Nada, nada, Sr. D. Santiago, amigo Cuervatón, señoras y señoritas: tengan ustedes presentes estas palabras: «La violencia, la opresión, la credulidad, llegan frecuentemente á adormecer á los pueblos, á fascinar su entendimiento, á quebrantar en ellos los resortes de la naturaleza; pero cuando por favorables circunstancias abren los ojos y oyen la voz de la razón; cuando la necesidad les fuerza á salir de su letargo, entonces ven que los pretendidos derechos de sus tiranos, no son sino efectos de la injusticia, de la fuerza ó de la seducción; entonces es cuando las naciones, acordándose de su dignidad, ven que ellas no se han sometido á la autoridad sino para su bien, y que jamás han podido dar á nadie el derecho irrevocable de hacerlas felices.»

IV

Dotado de maravillosa memoria, D. Roque recitaba trozos enteros de lo que había leído en sus papelitos, sin mudar una sílaba. No he conocido varón más cándido é inofensivo que aquel fogoso lector del *Semanario,* comerciante que había venido muy á menos, y á la sazón, sin negocios, sin familia, y con poquísimo dinero, vivía en aquella casa, manteniéndose con su casi invisible renta. Así como el Gran Capitán oyó lo de *la opresión* y *la injusticia,* con los razonamientos puestos á continuación, que no entendiera menos si estuvieran escritos en caldeo, se encaró con su amigo, y burlonamente le dijo:

—¿Se ha acabado la jerga? ¡Lástima que no viniera por aquí el padre Salmón, para que le contestase, y entre los dos se armara una marimonera de *distingo acá... distingo allá... necuacua... útiquis... reñega mayora...* y otras palabrillas que se usan en las disputas de los *tiólogos!*

—¡Teólogos á mí! ¡A mí teólogos y con cascabeles!... ¡Y de la madera del padre Salmón!—exclamó D. Roque guardando el *Semanario* en el almacén de sus profundas faltriqueras.

—Y ha de venir esta tarde Su Paternidad